

FRABOSCHI, AZUCENA ADELINA. *Scivias, de Hildegarda de Bingen, primera parte. Lectura y comentario al modo de una lectio medievalis*. Buenos Aires: Miño Dávila, 2009. 575 p.

Desde su mismo enunciado el encomiable trabajo que nos presenta Azucena Adelina Fraboschi nos coloca en un género literario que desborda los límites de una mera investigación científica, aunque implica una labor investigativa de primer nivel. La autora ya había proporcionado al público de habla hispana un conjunto, notable por su cantidad y calidad, de estudios sobre la gran mística y pensadora alemana del siglo XII. El presente trabajo, además de concentrarse sobre la obra más famosa de Hildegarda, presenta la forma de un comentario al modo de una *lectio medievalis*, lo cual nos coloca en un mundo diferente recreando la cultura del siglo en que vivió la santa abadesa de Bingen.

El método seguido consiste en buena medida en una descripción minuciosa del texto de *Scivias* (“Conoce los caminos del Señor”), de las ilustraciones que la acompañan, de las glosas de la propia Hildegarda, y en una reconstrucción, plena de erudición, del sentido del texto, el significado de sus palabras y de sus símbolos, todo en fin lo necesario para que el lector se sienta transportado a aquel “mundo” en el horizonte de sentido, que tiene como finalidad elevar la mente a Dios, y corregir los males de la cultura y de la sociedad de su tiempo, que mucha relación tienen por cierto con los de nuestro mundo actual.

El libro comienza presentando una síntesis de la vida y obras escritas de Hildegarda, el lugar que entre ellas ocupa *Scivias*, su estructura y luego la explicación de lo que era la *lectio medievalis* y el modo en que puede ser revivida en la actualidad. En cuanto a la descripción y reconstrucción de la época y del mundo sociopolítico, eclesial y espiritual en que vivió la santa, el trabajo de Fraboschi se caracteriza por la abundante erudición, cita de los testimonios contemporáneos, conocimiento de la bibliografía sobre el tema, y presentación de la problemática teológico-filosófica del siglo de San Bernardo.

Fraboschi explica luego que la *lectio* era un modo de lectura típicamente monacal, es decir, embebido de oración y amante del significado de las palabras y de los símbolos vistos en detalles, que comprometía no sólo el intelecto sino también la afectividad, la reminiscencia y la capacidad de gustar lo espiritual además de conducir por así decirlo a un compromiso existencial con las verdades contempladas. Se basa para ello en autores que han estudiado esta modalidad (entre otros J. Leclercq, T. Merton, H. de Lubac), pero acerca admirablemente el tema para que el autor contemporáneo, tan condicionado por el mundo secularizado y tecnificado, pueda rehacer dicha experiencia, en la línea de otros grandes estudiosos tanto medievales (Hugo de San Víctor, Beda y Rabano Mauro entre otros) como del siglo XX (Thomas Merton y otros investigadores más recientes a partir de la década de 1990). Advierte la autora desde el inicio que “*Scivias* no es un libro de fácil lectura” (p. 45), por lo que es necesaria una buena cuota de concentración y yo diría de empatía dentro del misticismo hildegardiano y su simbolismo. A partir de una revelación experimentada por Hildegarda y a menudo ilustrada por los grabados reproducidos aquí con sumo cuidado y elegancia, se presenta la glosa de Hildegarda, para llegar luego a una gustosa lectura plena de detalles que interesan tanto en el aspecto espiritual como en el cultural de los textos, ayudando al lector a instruirse orando e internándose en el mundo de la gran mística del Rhin.

La mencionada obra se estructura en tres partes o libros: uno dedicado a la creación, otro a la redención y el tercero a la historia de la salvación. Este tomo se ocupa de la primera parte. Acompañaremos a Fraboschi en la lectura de esta impresionante construcción. Es sabido ante todo que el escrito no se presenta como una meditación y menos aún como un tratado armado con un instrumental lógico-conceptual. Parte de visio-

nes o revelaciones, algunas de las cuales han sido ilustradas por la misma Hildegarda y sus ayudantes, y luego explicadas en su sentido profundo. Luego se va desmenuzando el gusto por cada expresión y símbolo.

El volumen que presentamos está dedicado totalmente a la primera parte y cubre los temas de Dios Creador, de la belleza del universo y su simbolismo, del puesto del hombre dentro del conjunto de la creación. Imposible reproducir aquí toda la riqueza de los detalles con que Fraboschi va siguiendo la obra de Hildegarda, la abundancia de su erudición demostrada no sólo en el sondeo teológico y filosófico de los temas, sino también en la relación entre el pensamiento de Hildegarda y sus grandes contemporáneos, entre ellos San Bernardo, así como con los más importantes especialistas de hoy sobre el pensamiento de Hildegarda. Por motivos de síntesis destaco algunos de los aspectos que me parecen más relevantes:

1. El tema de la creación aparece rodeado de un marco de belleza y armonía, con su infinita variedad de cualidades, formando un contraste con la imagen del mundo a que estamos acostumbrados especialmente después del período del mecanicismo por obra de Descartes, Mersenne, Gassendi y otros autores; pero en general, podría decirse, por la evolución sociocultural que ha experimentado el mundo moderno. Se nota aquí claramente cómo el progreso científico de la modernidad tuvo que pagar el duro precio de lo que Max Weber denominó “desencantamiento” (*Entzauberung*) del mundo. Leer a Hildegarda recrea en cierto modo el encanto de un mundo originario que contrasta fuertemente con el nuestro, lo que explica en parte la repercusión que ha tenido en los últimos tiempos. Pero toda esa belleza, que congenia con lo que el gran teólogo von Baltasar ha revalorizado en su monumental obra “Gloria” (*Herrlichkeit*), va acompañada casi siempre por el trasfondo de la presencia del mal que acecha la obra divina, y que por contraste realza aún más su magnificencia. La visión de la belleza y grandiosidad de lo creado invita al ser humano a elevarse y a seguir los caminos del Señor, abandonando cuanto lo tiene atado al mal, y a la destructividad de la creación. Es paradójico que la viva meditación sobre el tema del mal y del pecado vuelva sumamente actual el libro de Hildegarda, puesto que se trata de un denominador común que caracteriza en modo dramático también nuestra época.
2. Este aspecto del problema nos lleva al otro, de gran importancia histórica y teológica: el enfrentamiento de la obra de Hildegarda con la corriente dualista de los cátaros (p. 116, *passim*). Éstos, como es sabido, constituían en ese siglo un rebrote importante del dualismo gnóstico, con sus tesis sobre la lucha eterna entre los dos principios del bien y del mal, el carácter inevitable de los aspectos sensuales y frágiles de la naturaleza humana, y una falsa sabiduría que pretendía unirse al Dios bueno al margen de la conversión y de las buenas obras y virtudes. La lucha de Hildegarda contra el gnosticismo de los cátaros se presenta también aquí de suma actualidad, pues en pleno siglo XXI asistimos a un rebrote de temas gnósticos escudados bajo el pretexto de superar la época del imperio de la técnica y refugiarse en una visión del mundo que coloca al mal en un nivel de necesidad casi metafísica, como una fuerza compensatoria de la bondad de las cosas, debilitando fuertemente el sentido de la creación.
3. El mal es ubicado por Hildegarda, de acuerdo al dogma cristiano y con la enseñanza de Agustín y Bernardo, en la situación caída del hombre y en las fuerzas demoníacas que se han rebelado contra la creación. Contemplar el universo en

su belleza primigenia es un modo de purificarse de esta situación caída, una invitación a la conversión y a la aceptación del amor del Redentor.

4. Consiguientemente nada tiene de extraño la consecuencia que Fraboschi deduce, en continuidad y acuerdo con otros investigadores recientes de la obra de Hildegarda, del carácter precursor de su pensamiento respecto de las *tendencias ecológicas* que reclaman la responsabilidad del hombre sobre la naturaleza. Significativas son las posturas que va tomando Hildegarda respecto no sólo a la bondad de la naturaleza humana tal como estaba en los designios de Dios, sino a la bondad intrínseca de la esfera sexual y del amor entre el hombre y la mujer, contrastando con algunas tendencias del dualismo cátaro. Las páginas referidas a estos temas brillan por su franqueza y realismo, y nos trasladan por así decirlo a la pureza de un mundo perdido.
5. Importante es subrayar la consistencia ontológica del mundo creado indicada fuertemente por la presencia de la *viriditas* (o sea la fuerza generadora de la naturaleza). Ello trae un mensaje para otro tema de nuestro tiempo: el del cuidado de la naturaleza. El ser humano ocupa desde luego un lugar central, a manera de un microcosmos, que sintetiza los elementos del mundo físico y la realidad de la dimensión espiritual que lo asemeja a Dios.
6. En cada uno de los temas la Prof. Fraboschi muestra un conocimiento exhaustivo tanto del conjunto de las otras obras de Hildegarda, que cita con frecuencia, de su epistolario con los grandes de su época, papas, obispos, teólogos, como pasajes importantes de los estudios más actualizados sobre Hildegarda. También es de notar su preocupación eclesiológica puesto en un contexto de historia de la salvación y en lucha contra el misterio del mal. Todos estos temas ayudan a descubrir un hilo conductor que llega hasta nuestro tiempo con temas de suma actualidad.

En síntesis, la obra es una recreación de una época en la que la fe brillaba con mayor esplendor, pero por contraste o por similitud obliga también al lector a pensar en los problemas de nuestro tiempo. Y aunque la obra de Hildegarda pertenece a una época previa a las grandes construcciones teológico-filosóficas de Alberto Magno, Buenaventura y Tomás de Aquino, aporta no pocos elementos que interesan también al estudioso de filosofía medieval, y en general a su cultura, incluyendo los aspectos estéticos, plásticos, musicales y poéticos.

La edición brilla por la elegancia y el cuidado de los detalles, de manera que la belleza del contenido se ve acompañada por una originalidad y pulcritud tipográfica, constituyendo una edición ejemplar.

El lector, una vez superada la dificultad de un modo de expresión muy propio y alejado de nosotros en el tiempo, se verá seducido por la belleza con que Hildegarda ve la creación, su esplendor, su fuerza (*viriditas*) y sus combates, y se sentirá comprometido a preservar la grandiosidad de la obra de Dios. El carácter profético del libro de la Santa le ayudará a descubrir el sentido profundo de muchas dificultades que vive el cristiano y la Iglesia de hoy. Desde el punto de vista cultural, es un gran fresco que le ofrecerá la representación del estado de la cultura, de la teología, de la filosofía y la espiritualidad de aquella época, llenado así un espacio capaz de colmar los límites de nuestra ignorancia sobre una “imagen del mundo” que ya fue, pero que misteriosamente sigue subsistiendo.